

Perfil militar del Cid

Rodrigo Díaz de Vivar, es como un ser mitológico de la Edad Media, más tan brillante, tan rutilante en la proyección de sus hechos, que en él se funden la leyenda, la tradición y la Historia, para hacer llegar a nosotros toda la grandeza de su figura universal y auténticamente humana.

Es un gran conductor de tropas, que casi sin ellas, siempre con una maniobra dinámica y desconcertante llena de elasticidad máxima, ganó batallas y más batallas en el ideal elevado de la unidad de España y de la fidelidad a su Rey, rindiendo siempre culto al heroísmo.

* * *

Es preciso conocer, siquiera brevemente, la época en que vivió el Cid.

El mundo se desenvolvía entre dos polos religiosos: el musulmán y el católico, la expansión de aquél asaltando Europa por los dos extremos del Mediterráneo.

Y en este momento entra el Cid en escena: conjurado en parte el peligro en Oriente merced a las Cruzadas y en Occidente contenido gracias al esfuerzo personal de España.

Concretamente en España había un núcleo cristiano al N. y NO. y otro musulmán al S. y SE. Uno y otro tenían sus zonas de expansión hacia el O. y sus zonas estáticas en el E.

Los contemporáneos del Cid tenían una vaga idea de Patria, más la Nación como tal no existía. Y sobre el Estado tenían ideas bien distintas los nobles y la Iglesia, pues si los primeros partían de la base de un contrato tácito entre el Rey y los Homes, en el sentido de mutua ayuda y defensa, la Iglesia no aceptaba los derechos del Rey más que a condición de que protegiese a sus vasallos humildes.

La reconquista había dejado el período absoluto de guerra entre cristianos y musulmanes para entrar en un contenido de avance político, secundado por la guerra en la manera posible y conveniente.

Y pese a la unidad de idea religiosa los cristianos guerreaban fácilmente entre sí por la expansión de sus estados, valiéndose todos de los musulmanes, como si el fin sirviese a justificar los medios.

* * *

La infancia de Rodrigo transcurrió en Vivar, raya fronteriza donde su padre luchaba de continuo. Por eso su formación militar fué mitad por mitad en libros y campo de batalla. En aquella escuela de príncipes guerreros que fué la casa zamorana de Arias Gonzalo, practicaba, junto a los hijos de Fernando I, no sólo el manejo de las armas, la equitación y la caza, sino que se imponía también en las disciplinas propias de los infantes. Mostraba ya aquel huérfano de 15 años esas virtudes—políticas, en el más alto sentido de la palabra—que adornan al militar eminente, más aun a quien está llamado al caudillaje.

A los 17 años se arma caballero, a los 20 toma parte en la Batalla de Graus, a los 23 ostenta el primer cargo militar, Alférez real, portaestandarte, a quien corresponde el honor de representar a Castilla en un Juicio de Dios frente a Navarra; a los 24 es capitán supremo de las fuerzas que sitian Zaragoza. Ya ganados sus dos títulos gloriosos, es «Campeador» en la victoria individual caballeresca y los moros de Zaragoza dicen que la ciudad la toma «Cidi Ruy Díaz, el Cid. El Cid Campeador lo es ya a los 24 años.

Llantada y Golpejares, dos batallas contra León, en que la acción del Cid es decisiva. En la segunda su intervención cambia de signo el combate, según los leoneses, y en versión castellana libera él a su rey vencido y prisionero. Luego la batalla de Cabra y la correría de Gormaz, imprecisas de datos, pero gloriosas ambas. En la primera protege al tributario de Sevilla, en la segunda emprende un desquite asolador cuando aun está en febril convalecencia. Las dos juntas son causas del destierro, como las leonesas fueron origen del rencor real. En el centro de ellas un motivo político, la Jura, humillante aunque ritual, que ha de exigir el primer castellano Caballero de Castilla al Rey que fué hasta entonces su enemigo vencido.

Ya en el destierro comienza la campaña estratégica del Cid. Va conquistando una serie de puntos fuertes en que apoya su penetración: el Castillo de Castejón tomado por sorpresa; el de Alcocer, con el sencillo ardid de abandono del cerco; el Poyo de Albarracín y el

Puerto de Alucat, como base de una carrera por las tierras del Conde Berenguer.

Dos batallas también en Cataluña. Ofensiva la de Almanera, donde Berenguer cae vencido y prisionero porque en su desprecio a los castellanos no adopta elementales precauciones. Defensiva la del Pinar de Tebar (La Pobleta) en un juego de emboscadas combinadas con ataque frontal.

Y entre unas y otras su extraña táctica, mitad cristiana y mora, con algaras, guerrillas e incursiones hacia Alcalá, Guadalajara, Ariza... en un alarde de resistencia física y de facilidad maniobrera, donde alternan de modo magistral dotes tan distintas como el cálculo y la improvisación, que definen el genio militar.

Pero por estos años ha comenzado ya la lucha con los almorávides vencedores de Alfonso VI y Alvar Fáñez, su mejor Capitán. Los escuadrones ágiles y ligeros envuelven fatalmente a la pesada caballería cristiana; el redoble de sus pesados tambores aterra a los caballos y a los hombres en desbandada inevitable. Sus negras banderas son presagio de ruina. Su disciplina es rígida a las señales tácticas de mando, nuevas entre los moros.

Al Cid no le sorprendió nada de esto. Ha aprendido a luchar junto a los moros de Zaragoza y Sevilla; durante las comidas se hace leer historias de los grandes guerreros árabes; instruye a sus caballos al redoble del tambor; combate a la jineta aprovechando las ventajas del armamento castellano. La táctica cidiana, llena de novedades, se caracteriza esencialmente por el ataque combinado y por la «tornada» o doble carga de la caballería.

Sólo el Cid puede enfrentarse a los terribles almorávides y se le lanza a conquistar la gloria en la campaña de Levante. Y los pueblos de su avance coinciden bastante con el itinerario de nuestra Cruzada Nacional. Asegura primero Albarracín y el valle del Turia, para descender luego por Viver sobre Murviedro (Sagunto), «Muro Viejo» de imponentes fortalezas («Bien sabes, Señor, que *nunca pensé* tomar Valencia sin expugnar esta fortaleza con ayuda de Tu poder»). Jérica, Onda, Almenara, Burriana... y el enemigo no llega a combatir.

Ante el primer intento de detener su hueste emplea el ataque envolvente destacando a Minaya por el flanco con sus cien caballeros. Después, si el enemigo amenaza envolverle en la acequia de Mislata, suelta las esclusas del Turia empleando una estrategia defensiva que cinco siglos después repetirá en Amberes Alejandro Farnesio.

Y ya en Valencia una perfecta y fuerte organización defensiva,

pues no son despreciables los ataques almorávidas, y rodea la región de fortalezas y destacamentos con los de Tortosa, Burriana, Alpuente, Játiva y Benicadell (Albaida). Allí le esperan sus dos batallas cumbres, la de Cuarte en la que la emboscada de Alvar Fáñez prepara un éxito que corona la célebre «tornada». En Bairén, la batalla inverosímil, cuando se ve cogido en un estrecho paso entre las tropas que guarnecen el monte y las del mar, se lanza irresistible sobre las primeras y las obliga a huir hacia la escuadra donde buscan en vano salvación.

La figura militar del Cid es verdaderamente extraordinaria: Sus mismos enemigos lo reconocen. Se anticipa a su tiempo en varios siglos y no se sabe qué admirar más en él, si su fino instinto táctico, si su dominio del arte de la guerra o su incipiente estrategia en consonancia con su tiempo.

Y hasta el fin de su vida, el Cid se nos muestra como un Caudillo de recia y genial personalidad, siempre inferior en fuerzas, con gloria propia que eclipsó la de su Rey.

Puede atribuirse la gloria de haber creado el primer ejército de solidaridad hispana, agrupando fuerzas de toda la Península, anticipándose a su época en muchos siglos.

* * *

Del Cid quedará su gesta de armas, mas lo que ha afirmado su gloria es su lealtad, una lealtad a prueba constante de desvíos, de destierros, de intrigas de corte, de olvidos maliciosos de miles de servicios, riesgos y generosidades.

Fiel con excelsa fidelidad y hombre excepcional de gobierno, con sentido humano y cordial, justo y equitativo. Dos facetas de su perfil, sobre el que una gloria militar probada en cien batallas tiene su encaje propicio.

«Airado», es decir víctima de la ira de su Señor, no rompe su ley de lealtad: Toma del fuero de vasallaje lo preciso para subsistir, pero no combate o su Rey «Con Alfonso su Señor non quería lidiar». Acata destierros en Burgos y en Aledo, desdenes y veleidades de carácter, cortesanos manejos de los Beni Gómez, o de los García Ordóñez, liquida las «cuitas de grant necesidad» y hace oro los cofres de Raquel y Vidas cargados de arena; refiere a juicio la afrenta a sus hijas en Corpes; no olvida a su Rey en ley de vasallaje y si no le hace partícipe en «quiñones» lo tiene presente en la generosidad de la vic-

toria. Le envía caballos desde Valencia: «que non diga mal el Rey Alfonso, del que Valencia manda».

Su lealtad es la sobrehumana, del que se mantiene fiel, con un poder indiscutible en sus manos, logrado con su esfuerzo y con su heroísmo, frente a un Señor de «virtudes y calidades suficientes para ser envidiado y no envidioso».

* * *

Y termino con las palabras de un biógrafo inglés: «Su verdadero lugar en la Historia, es el del más grande de los guerrilleros; el perfecto tipo de guerrero, que, desde Viriato hasta el Empecinado, ha sido tan frecuente en el suelo español».

UN MILITAR. (1)

(1) Por deseo reiteradamente expreso, de su ilustre autor, prestigioso general de nuestro glorioso ejército, se encubre aquí su nombre, con el seudónimo de «un militar». En noble y acertada conjunción de las Armas con las Letras el articulista, estudia la faceta militar del Cid con acierto indiscutible en el fondo y belleza expresiva, justa y equilibrada, en lo que a la forma hace referencia. (Nota de la dirección.)